

La Trinidad en el Comentario de Santo Tomás al evangelio según San Juan

El *Catecismo de la Iglesia Católica* dice que el misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central en la fe y en la vida cristiana. Agrega que es el misterio que ilumina todas las otras verdades de la fe¹.

Que sea el misterio central de la fe es lógico y entendible para todos; no parece tan inmediato comprender que es el misterio central en la vida cristiana. De hecho, para la mayoría de los cristianos, su vida no cambiaría para nada si Dios fuese unipersonal. El tan famoso eslogan “todos creemos en el mismo Dios” da muestra de esto. Lo contrario es lo cierto: justamente todas las religiones tienen una visión distinta de Dios y por tanto del hombre y su actuar en el mundo, ya que el hombre está creado a imagen y semejanza de Dios, de modo que según cómo es Dios, es cómo es el hombre. Que Dios sea uno y trino tiene enormes implicancias en la vida cristiana, en la moral cristiana. También por ello nos importa estudiar el misterio de la Santísima Trinidad.

Santo Tomás ha hecho una brillante síntesis sobre la teología de la Santísima Trinidad en la *Suma teológica*, síntesis que ha deslumbrado a muchos estudiosos y comentaristas. En la *Suma*, como el mismo autor dice², hay un orden para el mejor desarrollo de la materia y para evitar las repeticiones. Nos parece importante ver las reflexiones teológicas que realiza nuestro maestro en el *Comentario al Evangelio según san Juan*, ya que en esta obra nuestro autor se toma más libertad para desarrollar los temas, para relacionarlos con otros pasajes bíblicos y, así, enriquecerlos. También, al ser un comentario de la Palabra de Dios, la dimensión teológica de sus enseñanzas se percibe más inmediatamente. El método pedagógico de la *Suma*, que parte de preguntas y objeciones, podría hacernos confundir y pensar que Santo Tomás desarrolla su pensamiento y enseñanza a partir de la reflexión y las preguntas de los hombres y no a partir de la Revelación de Dios.

Siendo el *Comentario al Evangelio de san Juan* una de sus obras de madurez, escrito gran parte durante el mismo periodo que escribió la *Suma teológica*, y por los motivos antedichos, parece una muy buena introducción a la lectura del tratado de la Santísima Trinidad de la *Suma teológica*. Se añade a esto que el evangelio según san Juan es para

¹Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n.234.

²Cf. *Suma teológica*, prólogo.

nuestro autor el más teologal, el que más quiere manifestar la divinidad de Cristo³ y, con ello, el misterio de la Trinidad.

Si bien todo el texto tiene una dimensión teologal trinitaria, hay pasajes del evangelio que más se prestan para la reflexión sobre las divinas personas, sus características y mutuas relaciones. Fundamentalmente es en el comentario al Prólogo donde más desarrolla la teología de la Palabra y en los discursos de despedida donde más comenta sobre el Espíritu Santo. Dada la relacionalidad de las Personas divinas, no puede hablar del Hijo o del Espíritu Santo sin hablar del Padre. Aunque en el comentario al capítulo 5 desarrolla más esta relación entre Padre e Hijo, siguiendo las palabras de Jesús a los judíos que negaban su divinidad.

Muchas veces en las explicaciones se habla de la Trinidad en sí y en su manifestación a nosotros en la historia de la salvación. El modo de manifestarse ayuda a entender el modo de ser en el seno de la Trinidad; y el modo de ser explica el modo de manifestarse.

El Verbo o Hijo

Sobre todo, en el comentario al himno al Logos de Dios, que es el prólogo, nuestro comentarista desarrolla la teología del Verbo o la Palabra.

Comienza explicando qué significa el término Verbo o Palabra⁴. Para ello toma la gnoseología aristotélica y nos dice que la Palabra exterior es manifestación de la palabra interior, que es aquello que el intelecto forma inteliendo. Esa palabra interior o concepto se forma con la perfecta contemplación de la realidad.

Sigue diciendo santo Tomás que la palabra es aquello procedente del intelecto existente en acto, es noción y semejanza de la cosa inteligida. Si la misma cosa es inteligente e inteligida, la palabra es noción y semejanza del intelecto del que procede, si el intelecto se intelige a sí mismo, entonces la palabra es noción y semejanza del intelecto. Por eso San Agustín⁵ pone la semejanza de la Trinidad en el alma en cuanto la mente se intelige a sí misma, pero no en cuanto intelige otra cosa.

³ Santo Tomás de Aquino, *Comentario al Evangelio según San Juan*, Ágape, Buenos Aires, n. 9.

⁴ Cf. *Ibid.* n. 25; *Suma Teológica* I 34 a. 1

⁵ Agustín de Hipona, *De Trinitate* 9:5,8.

Luego, para que podamos entender la singularidad de este Verbo, nuestro autor pasa a destacar tres diferencias entre la palabra de Dios y la nuestra⁶.

La primera es que la palabra nuestra es primero formable que formada, primero está en potencia y luego en acto, se llega a ella pensando o razonando, hasta formar el concepto. La palabra de Dios, en cambio es eterna, nunca estuvo en potencia.

La segunda es que la palabra de Dios es perfecta y la nuestra imperfecta. Nuestras palabras no pueden abarcar toda la realidad, en cambio la Palabra de Dios abarca toda la realidad, dice todas las cosas. Por ello la palabra de Dios es única y abarcativa de todo. La nuestra es limitada, necesitamos muchas palabras para decir las cosas.

La Palabra de Dios es su misma naturaleza y en nosotros no. Para nosotros, la palabra es un algo que decimos, un accidente. En Dios es su misma sustancia, en Él no hay accidentes.

La Palabra en Dios es, entonces, única, perfecta, eterna, dice a todo el Padre y es similar a Él, procede de Él no como accidente sino como sustancia. Por eso la Palabra en Dios es Hijo, ya que procede del Padre, es igual a Él y de su misma naturaleza.

Preguntas de Crisóstomo⁷ le sirven a Santo Tomás para destacar la dimensión de revelación de la Palabra⁸. El prólogo comienza por la Palabra y no por el Padre, porque es la Palabra la que nos revela al Padre; y lo llama “Palabra” y no ‘Hijo’ también por su función reveladora del Padre, además de que ‘Palabra’ nos permite entender mejor la generación inteligible que ‘Hijo’, ya que al hablar de hijo nos podemos confundir con las filiaciones que más conocemos que son materiales y pasibles.

También tiene una razón de revelación el hecho que *lógos* haya sido traducido por *verbum* y no por *ratio*, ya que *ratio* nombra propiamente algo de la mente, en cambio *verbum* hace referencia a lo relativo al exterior, y por este *lógos* Dios creó el mundo y se reveló a nosotros en la creación, en las palabras de los profetas y finalmente, llegada la plenitud de los tiempos, en la Encarnación.

⁶ Cf. Santo Tomás de Aquino, *Comentario al Evangelio según San Juan* nn. 26-29; *Suma Teológica* I 34 a.2

⁷ Juan Crisóstomo, *Homiliae in Iohannem* 2:4.

⁸ Cf. Santo Tomás de Aquino, *Comentario al Evangelio según San Juan* nn. 30-32; *Suma Teológica* I 34 a.3

También el término “Principio” le sirve a nuestro autor para seguir describiendo características de la Palabra⁹.

En el orden de la naturaleza, el inicio y principio de nuestra sabiduría es Cristo en cuanto es la Sabiduría y Palabra de Dios; en el orden del conocimiento, para nosotros Cristo es el principio de nuestro conocimiento porque es el Verbo hecho carne.

Siguiendo a Orígenes¹⁰, puede decirse que Principio es la persona del Hijo, porque el Hijo es el principio de las creaturas por fuerza activa y por la sabiduría, que es la razón de las creaturas, “Cristo es fuerza de Dios y Sabiduría de Dios”; de este modo se diría, “en el Hijo estaba la Palabra”.

Agustín¹¹, dice que por ‘Principio’ puede entenderse la persona del Padre, que es principio de las creaturas y de las procesiones divinas. Se entendería entonces, “En el Padre estaba el Hijo, como se dice en Jn 14, 10 “yo estoy en el Padre y el Padre está en mí”.

Notemos cómo la exégesis de Santo Tomás, que sigue a los padres de la Iglesia, sin atarse a ellos y que no busca único significado de cada palabra, le permite descubrirnos una enorme riqueza en el texto. Muchas de las exégesis contemporáneas, siguiendo el método de las ciencias naturales, más preocupadas por la exactitud que por la verdad, no permiten semejante riqueza de interpretaciones y significado.

Luego pasa a mostrar cómo el evangelista, con las afirmaciones iniciales de su Prólogo, refuta los errores de los filósofos¹².

Al decir el evangelista que “en principio existía la palabra” (Jn 1, 1a) se rechaza el error de los naturalistas, como Demócrito, que decían que el mundo existía por casualidad y no por un origen intelectual o racional. El origen de las cosas no se debe para ellos a una causa razonable sino a la sola materia fluyente, pero el evangelio nos enseña que el origen, principio de todo, es el *Lógos* divino, por el cual fueron hechas todas las cosas.

Platón propuso razones subsistentes de todas las cosas separadas, en sus propias naturalezas, por participación de las cuales existirían todas las cosas. Para que no se

⁹ Cf. *Ibid.* nn. 34-38; *Suma Teológica* I 33 a.1.

¹⁰ *In Iohannis evangelium* 1: 16-19.

¹¹ *De Trinitate* 6 2,3.

¹² Cf. Santo Tomás de Aquino, *Comentario al Evangelio según San Juan*, n. 65; *Suma Teológica* I 44; 46 a.1.

entienda que esta razón por la cual todo fue hecho como razones separadas de Dios, el evangelista agrega, “la palabra estaba junto a Dios” (Jn 1, 1b).

Los platónicos decían que Dios era Padre eminentísimo y primero, bajo el cual estaba una cierta mente en la que decían que estaban las semejanzas e ideas de las cosas. En cambio, el evangelio nos dice que la “Palabra era Dios” (Jn 1, 1c).

Aristóteles puso en Dios las razones de todas las cosas y que una misma cosa es en Dios el intelecto, el inteligente y lo inteligido. Pero propuso que el mundo fuese coeterno con Él. Contra esto el evangelista dice “ella estaba en el Principio junto a Dios” (Jn 1, 2), excluyendo así otra naturaleza coeterna.

Es por eso que la Palabra es la luz verdadera. Frente a los errores de los filósofos, a las figuras del Antiguo Testamento y a la verdad participada que los santos percibieron y enseñaron, el *Lógos* es la luz verdadera, sin error, no figura sino plenitud, no participada sino por esencia. Esto hace que la revelación realizada por la Palabra hecha hombre sea única e insuperable. Cristo no solo es el maestro sino la misma verdad, como dice Él mismo: “yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 6).

La culminación del Prólogo sintetiza todo esto diciendo que a “Dios no lo ha visto nadie, el que lo ha revelado es el Hijo unigénito que está en el seno del Padre” (Jn 1, 18). Esta frase le sirve a nuestro comentarista para profundizar su enseñanza acerca de la excelsitud de Cristo¹³.

Explica primero qué significa que a Dios no lo ha visto nadie. Dice que las visiones del Antiguo Testamento como las de Moisés e Isaías, son visiones a través de imágenes creadas, pero estas imágenes no son Dios, que es increado. Otras veces Dios se manifiesta cuando el alma se eleva sobre su condición de espíritu encarnado, como en un rapto, como el que parece haber tenido san Pablo. En el cielo lo contemplaremos tal cual es, como dice la carta de San Juan. Pero nadie puede conocer a Dios abarcándolo, porque es inabarcable, en cambio el *Lógos*, por ser connatural, coeterno y plenamente abarcativo, lo conoce plenamente. Estar en el seno del Padre significa estar en lo profundamente recóndito del Padre, en lo profundo de su divinidad, como dice el salmo (109, 3): “yo te engendré de lo profundo, antes de la aurora”. Ese Hijo es el que nos lo ha revelado en

¹³ Cf. *Ibíd.* nn. 209-221.

Cristo. Una vez más nuestro comentarista destaca la sublimidad de la revelación realizada en Cristo, su carácter único e insuperable.

El Padre y el Hijo

El Padre siempre aparece en relación con el Hijo. En efecto, es Padre porque tiene Hijo. Acá santo Tomás va a desarrollar la categoría de relación, la paternidad y la filiación.

El Hijo es Hijo porque recibe y el Padre es Padre porque da; el Padre engendra y el Hijo es engendrado. Todo lo que tiene el Hijo lo tiene del Padre, incluso la divinidad, la perfección y la eternidad, como también espirar al Espíritu Santo.

En diferentes textos del evangelio esta relación de dar y recibir tiene diferentes características y sirve para explicar diferentes riquezas de la relación entre ambos¹⁴.

A veces se destaca que el Hijo es engendrado como Sabiduría del Padre. El Hijo hace y dice lo que oye del Padre, porque es engendrado como palabra. Otras veces se destaca que el Hijo es la imagen del Padre y por ello procede como visión del Padre, “el Hijo no puede hacer nada por su cuenta sino lo que ve hacer al Padre” (Jn 5,19), otras veces destaca la comunión de voluntades, “hago la voluntad del Padre” (Jn 5, 30).

El Hijo dice que todo lo que hace, lo hace como el Padre le dice, “El Hijo no puede hacer nada por sí mismo”. Esto que parecería la máxima pobreza del Hijo, la máxima dependencia, es al mismo tiempo su máxima riqueza y fortaleza, todo lo que hace el Padre lo hace también el Hijo. El Hijo tiene, así, el mismo poder del Padre, expresa totalmente al Padre.

Para explicar esto metafísicamente Santo Tomás recurre a la categoría de relación. El Hijo no es menor que el Padre porque la relación no hace referencia a la cantidad sino a la procedencia.

La frase de Jesús, “el Padre es mayor que yo” (Jn 14, 28), la explica nuestro autor siguiendo a san Hilario¹⁵: el Hijo es menor que el Padre, pero el Padre no es mayor que el Hijo, se puede decir que el Padre es mayor porque es ingénito, engendra al Hijo, pero el Hijo no es menor porque el Padre le ha dado todo, por lo que son iguales. Esto parece ayudar en el actual contexto en que la paternidad está tan devaluada por el igualitarismo.

¹⁴ Cf. *Ibíd.* nn. 747-750; *Suma Teológica* I 42 a. 4.

¹⁵ Hilario de Poitiers, *De Trinitate* 9: 54; Santo Tomás de Aquino, *Suma teológica* I 42 a. 4 ad 1.

Esta igualdad del Padre y el Hijo hace que “el que no honra al Hijo no honre al Padre que lo envió” (Jn 5, 23). Ya que el Padre es padre por tener un hijo y la igualdad de ambos hace que deshonrar a uno es deshonrar al otro, disminuir a uno es disminuir al otro¹⁶. En tiempos en que tanta teología y espiritualidad quieren dejar de lado al Hijo para hablar solo del Padre en pos de una fraternidad universal, es muy importante recordar esto: dejando de lado al Hijo dejamos de lado al Padre, ya que Dios es Padre por naturaleza del Hijo; en cambio, con relación a la creación, lo es sólo como modo de decir, ya que la creación no es de la misma naturaleza de Dios.

El Padre es Padre con relación al Hijo, con relación a la divinidad es Dios.

Toda cosa que tiene el Padre, la tiene también el Hijo; sin embargo, el Hijo no la tiene en el mismo orden que el Padre, porque el Hijo lo tiene como recibiendo de otro y el Padre como dando a otro. No hay distinción en lo que se tiene sino en el orden del tener.

Las relaciones de este tipo, de paternidad y filiación comportan una distinción de orden: la paternidad comporta dar a otro, en cambio, la filiación el recibir de otro. En lo divino la relación se considera de dos maneras: en comparación con la esencia o la persona del Padre y, de este modo, la relación no es otra cosa que la esencia o persona del Padre. En comparación con la relación opuesta, con la filiación, la relación es real, porque de acuerdo con esto comporta un orden de naturaleza que el Padre da al Hijo, mediante la eterna generación, este orden está en Dios según la verdad de la realidad. Si se compara la paternidad a la esencia del Padre, todo lo que tiene el Padre lo tiene el Hijo, porque la paternidad no es otra cosa aparte de la esencia del Padre, pero no lo tiene en el mismo orden. De acá se sigue también que el Espíritu proceda del Hijo como procede del Padre¹⁷.

El Espíritu Santo es enviado por el Padre y el Hijo.

Para mostrar esto Jesús en el evangelio a veces dice que el Padre lo envía y otras, que Él mismo lo envía.

Jesús dice que el Padre envía el Espíritu en su nombre, no porque el Espíritu se llame Hijo. Así como el Hijo viene en nombre del Padre, del mismo modo el Espíritu viene en nombre del Hijo. El Hijo viene en nombre del Padre porque es Hijo del Padre, de modo similar, el Espíritu viene en nombre del Hijo porque es Espíritu del Hijo, como dice san

¹⁶ Cf. Santo Tomás de Aquino, *Comentario al Evangelio según San Juan*, n. 766.

¹⁷ Cf. *Ibid.* n. 2113.

Pablo: “Dios envió el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones” (Gal, 4, 6); y esto se logra por la consustancialidad del Hijo al Padre y del Espíritu al Hijo. Así como el Hijo, al venir en el nombre del Padre, sometió a los hombres al Padre, “nos hiciste un reino para Dios” (Ap. 5, 10), así el Espíritu Santo nos configuró al Hijo en tanto nos adopta como hijos de Dios, “recibimos el espíritu de adopción que nos hace llamar a Dios, *Abba*, Padre” (Rom 8, 15)¹⁸.

El Espíritu Santo es enviado, no como cambiando de lugar, porque Él llena toda la tierra, sino porque empieza a habitar, por la Gracia, de un modo nuevo en aquellos que hace templo de Dios. Se dice que viene para mostrar la majestad de su divinidad; y se dice que es enviado para mostrar su procesión desde Otro. Tiene de Otro el que santifique al hombre por medio de la inhabitación, porque tiene de otro el ser. El envío del Espíritu Santo se da compartidamente desde el Padre y el Hijo como se señala en el Apocalipsis (22, 1), “muéstrame el río de agua viva que procede de la sede de Dios y del Cordero”¹⁹.

Por otro lado, el Espíritu Santo no podría ser distinguido del Hijo sino fuera que procede del Hijo o que el Hijo proceda de Él, lo que nadie dice²⁰. En las personas divinas que son totalmente inmateriales no puede haber distinción material, sino solo formal, que es preciso que sea según alguna oposición. Si el Hijo y el Espíritu Santo proceden del Padre es preciso que se distingan por algunas propiedades opuestas, no según la afirmación y negación, ni según la privación y la posesión ni según la oposición de contrarios; de donde queda que el Espíritu Santo se distingue del Hijo por la sola oposición relativa; y esta es la relación de origen. Por tanto, es imposible, supuesta la Trinidad de las personas, que el Espíritu Santo no sea a partir del Hijo.

Espíritu Santo, abogado, Paráclito, Espíritu de Verdad

Con respecto a su acción en nosotros Jesús llama al Espíritu Santo “**abogado, Paráclito**”, ‘el que está llamado al lado’, por eso, ‘el que consuela’; y porque es Espíritu de Amor y el amor da consuelo y gozo espiritual, como dice san Pablo: “fruto del Espíritu es el amor, la alegría, la paz” (Gal 5, 22). También el Espíritu es intercesor, porque nosotros “no sabemos orar como conviene, pero el Espíritu viene en nuestra ayuda con gemidos inefables” (Rom 8, 26).

¹⁸ Cf. *Ibíd.* n. 1957.

¹⁹ Cf. *Ibíd.* n. 2061; *Suma Teológica* I 43 a.1.

²⁰ Cf. *Ibíd.* n. 2063; *Suma Teológica* I 34 a. 2.

El Hijo también es abogado y consuelo, pero de modo distinto del Espíritu. Cristo se dice abogado en cuanto como hombre intercede por nosotros ante el Padre; en cambio el Espíritu hace que nosotros roguemos. El Espíritu es consuelo en cuanto que es amor, el Hijo en cuanto que es Palabra y, por ello, nos enseña y porque nos da el Espíritu que enciende el amor en nuestros corazones. El Espíritu es abogado porque nos consuela en medio de las tristezas, tribulaciones y dolores de este mundo. Esto lo hace porque es Amor y hace que nosotros amemos a Dios y que lo tengamos por algo grande, por lo cual podemos soportar con gozo las afrentas que sufrimos, como los apóstoles que “salieron del Sanedrín contentos por haber sido considerados dignos de sufrir por el nombre de Jesús” (Hch 8, 39). También el Espíritu Santo nos consuela contra la tristeza de nuestros pecados pasados, porque nos da la esperanza del perdón: “reciban el Espíritu Santo, los pecados serán perdonados a los que ustedes se los perdonen” dice Jesús (Jn 20, 23)

Se dice “**Espíritu de Verdad**”, porque procede de la Verdad y a la Verdad conduce, dice la Verdad. Así como en nosotros de la verdad concebida y considerada se sigue el amor de esa misma verdad, así en Dios, concebida la verdad, que es la Palabra, que es el Hijo, procede el Amor, que es el Espíritu Santo, y así como de ella procede, así conduce a su conocimiento.

Manifestar la Verdad es conveniente al Espíritu Santo, ya que es el Amor quien revela los secretos, porque se revelan los secretos a aquellos a quienes se ama. Como dice Jesús²¹, “Los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que aprendí de mi Padre” (Jn 15, 15).

Dice también que el Espíritu Santo “dará testimonio” porque instruye a los discípulos y les da confianza para testificar; además, lo hace comunicando su enseñanza a los que creen en Cristo y ablandando los corazones de los oyentes²².

Así como el efecto del envío del Hijo fue conducirnos al Padre, de igual modo, el efecto del envío del Espíritu Santo es conducir a los fieles hacia el Hijo. El Hijo es la Sabiduría misma engendrada, es la Verdad misma, por eso el efecto del envío de Hijo es que haga a los hombres partícipes de la sabiduría divina, conocedores de la verdad.

El Hijo nos transmite la enseñanza porque es la Palabra; y el Espíritu nos hace capaces de esa enseñanza. Cualquier cosa que el hombre enseñe afuera, trabaja en vano si el

²¹ Cf. *Ibíd.* n. 1916.

²² Cf. *Ibíd.* n. 2062; *Suma Teológica* I 46 a. 7 ad 6.

Espíritu Santo no da el entendimiento interiormente; si no asiste el Espíritu al corazón del que oye, ociosa será la palabra del más docto.

El Espíritu Santo nos eleva a las cosas espirituales. Del mismo modo que el que tiene el gusto infectado no comprende los sabores, el que está infectado por el amor del mundo no puede gustar de lo divino.

En el trato entre los seres humanos comprobamos que no se entiende una palabra si no es el espíritu en que fue dicha. De igual modo, en la relación con Dios no se entiende su Palabra sino en el Espíritu en que fue dicha; y la Palabra eterna de Dios fue dicha eternamente en el fuego del Espíritu Santo. Por tanto, necesitamos de ese Espíritu de amor para entender la Palabra que el Padre nos dice²³.

En la Encarnación Dios nos dice su Palabra; con el envío del Espíritu Santo, Dios nos hace capaces de entenderla. El Espíritu conduce a Jesús, porque de Él proviene. Jesús, Palabra hecha hombre, es la cumbre de la Revelación, no habrá otro igual. Una espiritualidad sin Jesús no es cristiana, un movimiento carismático que no conduzca a Jesús no es cristiano.

A veces parecería que vivimos en un cierto joaquinismo: después del tiempo del Padre, que sería el Antiguo Testamento, un tiempo de Jesús que sería el Nuevo Testamento, estamos en el tiempo del Espíritu Santo; pero esto no es cristiano ni responde a la fe trinitaria. El Espíritu es Espíritu de Jesús y a Él nos conduce, nos cristifica, nos hace cristianos. Al mismo tiempo un Espíritu sin una verdad de la cual procede y a la cual nos conduce no es el Espíritu Santo tal como se ha revelado y existe en el seno de la Trinidad.

El desarrollo que Santo Tomás hace en su comentario de las tres divinas personas y de sus mutuas relaciones nos permite un conocimiento amplio de sus características y su modo de obrar en la historia de la salvación y en nosotros, ayudándonos así a una correcta relación con Dios Trinidad; para nuestra vida teologal espiritual, para una más íntima comunión con El en esta vida, como preparación a la vida eterna.

Nicolas D. Baisi

²³ Cf. *Ibíd.* n. 946; *Suma Teológica* I 43 a. 5 ad 2.